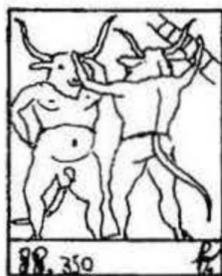


características. Y sería toda una enciclopedia... Más por su volumen que por la variedad de su contenido.

Volvamos al primer párrafo, a aquello del criollismo. Esa expresión le trae a uno recuerdos de ruralidad, de vacas y fincas, de pueblos y selvas, de intrigas por la posesión de la tierra y, cómo no, de la violencia presente en la formación de un país. A mi juicio, la única diferencia de esa literatura de principios de siglo con esta nueva literatura de finales de milenio es básicamente su ubicación espacio-temporal: cambiamos el campo por la ciudad, los caballos por los camperos, el drama de la posesión de la tierra por el drama de la posesión del billete, y los machetes por las ametralladoras. Más allá de esto son demasiado parecidas para entrar en clasificaciones distintas: ambas conservan un marcado realismo, las dos cuidan de preservar los regionalismos propios de sus personajes, y la meta en común es la reproducción fidedigna de una realidad nacional.



Es entonces cuando uno se pregunta si no será todo una continuación del mismo cuento. Y es una pregunta importante, pues si la literatura urbana de corte social no es más que una continuación de nuestro rural criollismo, significa que seguimos narrando las mismas historias y los mismos problemas de la misma manera, cambiando tan solo los calificativos de nuestros personajes, y exaltando nuestra degradación en el hacinamiento de las ciudades del mismo modo que antes exaltábamos el salvajismo de los colonos y el vértigo ante los espacios abiertos.

El problema es que acaba cansando. Ya no estamos a principios de siglo. Posiblemente los más atraídos por esta

forma de literatura, por este "nuevo" criollismo urbano, serán extranjeros que no tienen que vivir esa realidad, con una curiosidad morbosa acerca de los problemas sociales de los países subdesarrollados. La "literatura reflejo", esa que pretende imitar una realidad social evitando las particularidades individuales, esa que edifica nuevos estereotipos cambiando de nombre a viejos estereotipos, no tiene nada novedoso que ofrecerle al lector, nada que éste no pueda hallar en las páginas de un periódico o en un programa televisual.

De hecho (y lo que sigue es quizá algo "herético"), la narrativa escrita se encuentra en desventaja frente a la narrativa audiovisual en lo concerniente a ser reflejo simple de la realidad. El poder de las letras es otro distinto al del "reflejo". En nuestros días, la fuerza de la literatura no puede estar más en la reproducción, sino en la recreación; en la reconstrucción de la realidad hacia puntos menos obvios, por medio del uso de recursos tales como la individualidad de los seres, la intimidad y la fantasía. Allí la literatura es invencible... Por supuesto que es también la clase de narrativa más difícil de escribir, pues no acepta en absoluto los lugares comunes.

Probablemente el punto más alto del libro de Collazos sea la ingenuidad de su personaje: Jairo. Ingenuidad ejemplificada en que el joven sicario identifique a sus víctimas y a sus patronos asociándolos con actores que ha visto en la televisión, como Clint Eastwood o Michael Douglas, hecho que contribuye a que Jairo se haga humano, digno de compasión, víctima en lugar de victimario. Pero ese logro se pierde al estereotiparse el personaje, al carecer de rasgos realmente individuales, al no ser nada más que la representación de todo un drama social: el sicariato. El sueño de Jairo en la primera noche del libro es reveladoramente simple: Jairo sueña con ser feliz en una casa cómoda con su padre y su novia. Más parece una tesis del señor Collazos en un estudio sobre los jóvenes sicarios, que el sueño de un personaje real con características propias e irrepetibles. Jairo es un personaje emblema que pretende dar una impresión de realidad, pero cuya humanidad nunca nos alcanza desde la distancia de las páginas.

La posible muerte de la literatura no es paranoia. Es difícil competir con los medios audiovisuales. Basta ver el escaso número de asistentes jóvenes a un taller de literatura, si se le compara con los asistentes de la misma edad a un taller sobre audiovisuales. El poder de la literatura está en ir más allá de lo obvio, más allá de la realidad aparente hacia una nueva realidad, donde el todo y la parte componen un nuevo cosmos; una realidad más real, más sólida, más íntima, que la que observamos en un periódico. Y esto sólo se consigue por medio de una nueva formulación de las antiguas preguntas, de las viejas valentías y miedos de la especie humana, o, lo que es lo mismo, de una creación sobre la creación, de una realidad personal construida alrededor de la realidad impuesta. Por eso, si en vez de "recrear" la realidad, se pretende simplemente reflejar la misma sin salir de lo obvio, como se pretende en este libro: Señores, que nos lo cuenten en película.

ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

## Exploración de la vida inconsciente

### La otra muerte de María

Rafael Mauricio Méndez

Intermedio Editores, Círculo de Lectores, Santafé de Bogotá, 1998, 235 págs.

Esta primera novela de Rafael Mauricio Méndez señala el dominio del autor en el manejo de las letras. Es contada por dos narradores: uno, la protagonista, que, en vísperas de su muerte, teje una manta de recuerdos frente a la laguna de Iguaque; y otro, un narrador omnisciente, que conoce los pensamientos, los sentimientos, los sueños rotos de la vida de la protagonista, comenzando con los primeros años en el campo y llegando hasta los últimos días, cuando un extraño saber ha venido a trastocar el destino.

El hilo de la historia se ve frecuentemente interrumpido por los sueños de María. Desde muy niña la asaltan imá-

genes que no comprende pero que van anunciando poderes insólitos y desconocidos que llegan por sorpresa, cuando creía que su vida ya no tenía sentido. Siempre con la figura mítica de la mujer en un primer plano, los sueños de María están regados de sangre, de cuerpos despedazados y vueltos a armar; poblados de voces que la persiguen y de personajes que no sabe si le harán daño o no, todos traen un mensaje de vida y salvación, aunque en el último momento ella elija la opción de la muerte. Los sueños y la narración son como dos realidades que avanzan paralelas. Dos mundos regidos por unas leyes incomprensibles y casi siempre crueles, a las que es imposible sustraerse y de las que se va extrayendo, día a día, la sustancia de la vida. Cada vez menos frecuentes a medida que envejece, los sueños alucinados de María, tan complejos que niegan la supuesta simpleza de una niña campesina, la dejan perpleja, con frecuencia agotada, pero al mismo tiempo poseedora de un secreto que no comparte con nadie: el de su vida inconsciente, más rica incluso que la misma realidad.



El asunto del libro parecería trillado, de tan común. La historia de la niña del campo que llega a la gran ciudad en busca de mejores oportunidades, o para sacudirse el tedio de los días iguales de la siembra, de la espera de las lluvias, de los veranos amenazantes para la cosecha, de la recolección de unos frutos tan escasos que apenas si dan para vivir. Y sin embargo, *La otra muerte de María* se salva de ser *Simplemente María*, gracias a la elocuencia literaria del autor. Con lo cual se corrobora una vez más aquel concepto que afirma que en literatura no importa lo que se diga, sino cómo se diga.

Deleitan las bellas descripciones de la naturaleza, vista por los ojos de una niña. Las puestas de sol, las lluvias y sobre todo la laguna, conforman un universo maravilloso y poético en el que María crece, pero que debe por fuerza abandonar. A pesar de la magia que flota como las brumas sobre el agua verdosa de la laguna, la dureza de la vida campesina le va robando poco a poco las ganas de asumir un destino solitario junto a un padre que envejece, sin tiempo siquiera para amar, como le ocurrió a la madre, como ve que puede ocurrirles a sus hermanas.

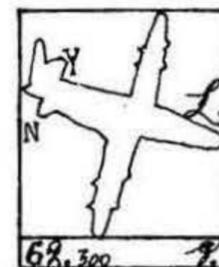
Cuando decide partir, esa niña de tan sólo diez años ya cuenta con un saber innato que le proporciona el contacto con las cosas más elementales, con el ritmo de la naturaleza y con la dureza de las costumbres. La vida le asegura a María el rigor de la condición femenina. No sólo en el campo tendrá que padecer unas condiciones a veces injustas, sino que en la ciudad llevará consigo el recuerdo y el mensaje de ese recuerdo: de las tres perritas que se vio obligada a ahogar sumergiéndolas una tras otra en las aguas heladas de la laguna de Iguaque, simplemente porque eran hembras, porque las hembras se reproducen y el milagro de la fertilidad es una amenaza para los que ya han nacido.

Paradójicamente, la mujer aparece como la ordenadora del universo. Copiando los gestos de la madre, María impone el orden en su casa primero, luego en aquellos hogares ajenos que deberá cuidar para ganar el sustento y disfrutar de los rumores incesantes, de las promesas casi siempre incumplidas de la gran ciudad. No puede pasar por alto el llamado poderoso de la ciudad, aunque allá el sol no haga ruido al hundirse cada tarde detrás de las montañas, ni el dios de la laguna responda con un torrente de lluvia salvadora al sacrificio de la vida que comienza.

La narración, que mantiene un ritmo rápido, asegura la atención del lector con los hechos exteriores de la vida de la niña que demasiado pronto se va convirtiendo en mujer, y con una rica vida interior que se ensancha a medida que los desengaños y las experiencias, las caídas y las resurrecciones componen la historia de María como la de una

heroína que sólo al final comprende el alcance de su poder.

María abre los ojos a una nueva realidad cuando abandona la casa de su hermana, último vínculo con el padre, con un ritmo y una manera distinta de vivir. Entonces la niña que soñaba y que tantas cosas había aprendido mirando las puestas de sol, tiene que dejar de lado ese saber para ir adquiriendo otro. Un nuevo aprendizaje que le tomará toda la vida, que se hará día a día, a veces con una sonrisa, casi siempre con el llanto en los ojos o con un regusto de amargura en la boca.



Entre las cosas que aprende hay dos que marcan a María y cambian el rumbo de su existencia: los libros y el amor. Si bien los libros representan en los primeros años un universo inagotable, un refugio para la soledad de joven doméstica a la que se trata un poco mejor que a las demás, pero que no pertenece a la familia, el amor enfrenta a María con el dolor en toda su plenitud, en toda su fuerza y pureza. El lector correrá con la protagonista por el camino del abandono, de la soledad, del desengaño.

Pero en esta historia todo tiene su cara buena, y es precisamente ese abandono el que le permite a María enriquecer su existencia con una multiplicidad de experiencias, y al autor escribir una buena novela profundizando en la psicología de su personaje y en las complejidades estilísticas de la narración. Tanto es así, que a veces el lector olvida si el que habla es el narrador que todo lo sabe, o la propia María, que avanza con la tranquilidad de quien conoce que tiene que cumplir un destino, por los mundos de la humillación y del orden, del conocimiento, de la naturaleza de hombres y mujeres, de la duplicidad, de la droga, del amor que se encuentra en cada

esquina y también de la amistad verdadera, de la entrega a los demás.

También de la falsedad y el disimulo. María, la inocente campesina, se convierte en la novela de Rafael Mauricio Méndez en una experta en el arte de la mentira. Ella le permite ganarse la vida como muchacha del servicio y conocer ese otro mundo, visceral y lleno de incógnitas de los bares, del alcohol, del amor con cualquiera, de la libertad; una libertad ilusoria donde conoce la desesperanza absoluta. Buscando la vida y también esa especie de muerte que es el olvido, María desciende lentamente por los círculos de un infierno cada vez más sórdido. La ciudad cambia de rostro a medida que ella recorre caminos oscuros y le ofrece la miseria de los bares, de las callejas oscuras donde se propicia el encuentro con desconocidos, de la noche de alcohol y de droga.



El tiempo de la novela y el de la vida de María parecen detenerse. El lector se pierde con ella en las noches que se suceden unas a otras sin el recuerdo del día, en el sueño que ya no trae descanso; tan sólo un despertar a esa ansiedad jamás satisfecha, y a la falta de aquellos sueños que de niña le hablaban de sitios fantásticos donde la mujer era descuartizada unas veces para convertirse en redentora otras. Sin embargo, la oscuridad del cuarto capítulo, esa medianoche que parecía interminable, da paso, cuando menos se espera, a una resurrección.

Es entonces cuando ese saber que se gestaba en su interior sale a la superficie para ayudar a nacer a cientos de niños que la acompañarán en ese último día. Madre sin serlo, María vive el último capítulo de su existencia entregada a una tarea salvadora que la colma como nunca pudo el amor, ni el trabajo, ni el

mundo por el cual se aventuró tan solitaria y confiada.

El inevitable regreso a la casa paterna cierra el último círculo. Es el retorno a los orígenes, después de haber salvado todos los obstáculos y haber vencido las pruebas a las que la sometió la vida. El haber contemplado la muerte en el rostro del padre que agoniza, le permite mirar con objetividad su propia existencia. Así, la joven campesina que sale de su tierra, siendo todavía una niña, acompañada de la más terrible ignorancia sobre las cosas del mundo, regresa convertida en una mujer que reconoce lo que muy pocos: el cumplimiento del ciclo vital para asumir la solución de lo que habrá de venir.

*La otra muerte de María* no es simplemente la historia de una campesina más que llega a la ciudad con los ojos bien abiertos y la virtud a punto de perderse. Es una exploración de la vida inconsciente, del papel que las pasiones y los instintos desempeñan en el proceso de aprendizaje que, al fin y al cabo, tiene que cumplir cada persona. Es, finalmente, la promesa de un buen autor para las letras colombianas.

MARÍA CRISTINA RESTREPO L.

## Novela negra en Colombia

### Perder es cuestión de método

*Santiago Gamboa*

Editorial Norma, Santafé de Bogotá, 1997, 334 págs.

Mi sensación de extrañeza radica en lo siguiente: no recuerdo otra novela escrita por un colombiano para el género novelesco más difundido de los últimos tiempos. La novela policial ya no es privilegio de los anglosajones —y de uno que otro Simenon relativamente aislado— puesto que entre nosotros, los latinoamericanos, ya se ha comenzado a practicar con asiduidad. No recuerdo ahora otro nombre, pero el de Osvaldo Soriano debe bastar para dar ejemplos de algo que ya no es una mera tenden-

cia. El mexicano Paco Ignacio Taibo II tiene ya una reputación pesando a sus espaldas. No lo he leído, y no puedo comentarlo. En Colombia, Roberto Rubiano publicó hace algunos años una colección de cuentos negros, *El informe de Galves y otros thrillers*. Pero, aparte de él, no hay mucha literatura policial en nuestro ámbito, y ninguna novela trascendente me viene a la cabeza.



Por eso es válida la propuesta de Gamboa. Su segunda novela es menos compleja que *Páginas de vuelta* y lleva una marca completamente distinta. Si la primera manejaba tres historias simultáneas, ésta presenta una trama lineal y unívoca, tan tradicional como es posible; si la primera se abría en intertextualidades y explotaba el intelecto de sus personajes, ésta llega al límite de la depuración, y ello no sólo se manifiesta en el estilo y la estructura y la sintaxis: los personajes de *Perder es cuestión de método* son externos, ante todo. Esto quiere decir que *son* en la medida en que *hacen*; que sus movimientos en el mundo determinan sus formas de ser, o quizá las desplazan: puesto que sus individualidades sirven un único propósito, y es el de desempeñar un papel en el ámbito privado que en una novela policial constituye el crimen, y el perseguidor, y el perseguido, y que apunta hacia una resolución más o menos exhaustiva. Personajes sencillos, de una sola cara, cumplen su cometido sin chistar: están los que matan, o los malos; están los que buscan a los que matan, o los buenos; y están, lo cual es por lo menos saludable, los que se encuentran de uno u otro lado sin saber bien por qué —o, aun, sin darse cuenta de ello ni haberlo buscado— y algunas veces muy a pesar de ellos mismos. Algunas novelas policiales no ad-